

# Sabiduría en sobres

Irene Rodríguez Rodríguez



ACCÉSIT 2024

# Sabiduría en sobres

Irene Rodríguez Rodríguez

## Sabiduría en sobres

### Cernícala Sosa (seudónimo)

Me levanto como cada mañana después de que la alarma del móvil suena por sexta vez. La apago a desgana y me quejo por el sonido que emite: un gallo cacareando que resulta demasiado estridente. Cambio de despertador cada semana porque escuché en un podcast de *mindfulness* y *wellness* holístico que hacer este pequeño acto cada mañana reactiva la motivación para enfrentarse a nuevos retos. “Bastante motivación tenía al salir de la cama y dirigirme a la cocina”, pienso mientras intento deshacerme del dichoso eco que retumba en mi cabeza: “Vuelve a la cama”. Me dirijo a la cocina, que es a la vez salón, y me quedo quieta mirando encorvada el interior del armario-despensa con la boca semiabierta y algo babeante, sin saber muy bien qué desayunar. Un café con leche y un cigarro siempre es una buena opción, al menos no es una bebida energética. De repente, caigo en la cuenta de que no me queda tabaco. Como si fuese una corriente de aire, la energía que tenía en reposo cuando me levanté de la cama se activa; me pongo el pantalón de chándal encima del de pijama, una sudadera sobre la camiseta y salgo de casa despavorida. Bajo tan rápido que mis piernas parecen espirales, como en *Mortadelo y Filemón*. Ningún libro de autoayuda ni ninguno de sus trucos de pensamiento mágico me darían semejantes ganas de enfocarme en algo como la golosa adicción a la nicotina. Ese hábito tan insalubre como glamuroso. Aún recuerdo el halo de misterio gótico que sentía cuando fumaba en la entrada del instituto. Ahora apenas bajo tres tramos de escaleras sin toser, escupiendo la mitad de mis bronquios. Ya corro hacia el bar *Primos González 2*, donde Manolo, que no sé si es uno de los primos, siempre enciende mi máquina expendedora de confianza.

Me invade un desasosiego abrumador cuando pulso el botón de la marca que acostumbro a fumar y no queda. “Tan pronto y ya se han terminado. ¡Menudo país de adictos!, no hay dinero para nada, pero para vicios, sí”, le digo a Manolo entre resoplidos y gruñidos. Finalmente compro otra marca porque si no me tendría que conformar con medio desayuno. Decido tomarme el café en el bar porque recuerdo que mi cafetera italiana lleva varios días en el fregadero y se quedará otro día más. Le pido a Manolo el cortado y espero distraída, zambulléndome en los pitidos y las luces de la máquina tragaperras, hipnotizada por los ojos enajenados de la sirena y los piratas, hasta que él interrumpe mi trance sirviéndome lo que he pedido. Todavía sigo irritada por la ausencia del tabaco que me gusta y no paro

de mascullar, incluso cuando estoy echándole el sobre de azúcar al café. Estaba a punto, a puntísimo, de arrugarlo con desprecio y dejarlo tirado en el platito, con el destino seguro de transformarse en una materia pastosa de café y papel, hasta que las letras rojas y enormes que ahí estaban escritas me iluminan el rostro.

*La Madre Tierra es amplia y sus ríos y aguas son numerosos*

Gengis Kan

Vaya. Era una frase sin florituras y concisa, pero había penetrado en lo más profundo de mi conciencia cual cuchillo clavado en carne fresca. Gengis Kan, menudo nombre. Seguro que fue un guía espiritual de la antigua India cuyas teorías y pensamientos sobre el alma humana movilizaron a las masas, llevándolas al camino de la paz interior y el yoga, o algo así. Estoy convencida de que era un hombre atarácico y pacífico. Revuelvo el café de manera automática, casi centrifugándolo. Esa frase no deja de repetirse en mi cabeza, al igual que el eco que me incita a meterme en la cama. No me podía creer que hubiese sido tan banal, dejándome arrastrar por pensamientos mundanos y terrenales, atormentándome por el absurdo hecho de que no quedaba el tabaco que siempre compro. Y así soy con todo: pequeños eventos o acciones pueden llevar mi ánimo a los derroteros más catastrofistas posibles. Tras beberme el café de un sorbo, dejo las monedas sobre la barra y salgo a fumarme lo que queda de desayuno.

Decido dar un paseo sin rumbo para rumiar todo lo sucedido. Me siento más reflexiva y contemplativa de lo normal y empiezo a pensar en que quizá debería ser más resiliente. Tanta actitud arisca y desidia solo puede conducir a la atracción de malas energías o a un ataque cardíaco. Paseo y disfruto un poco más del mero acto de caminar. Veo las hojas de los árboles moverse al son del viento e incluso escucho pajarillos piando, como si no estuviese en la ciudad. Este ambiente bucólico se ve interrumpido por el no muy dulce sonido del martillo demoledor de las obras de la carretera. Doy un suspiro y cuando estoy a punto de levantar un lado de mi labio superior y de poner los ojos en blanco, vuelve a resonar el eco en mi cabeza: "La Tierra es enorme y con montones de ríos", creo que era así. Doy la última calada y tiro el cigarro a la acera. Una señora me grita "¡cochina!" y yo estoy en el límite de responderle algo relacionado con su edad, por supuesto, de forma despectiva, pero el eco resuena más fuerte que mi

agresividad. Me disculpo y recojo la colilla, aunque no quiero meterla en el bolsillo porque luego desprende un hedor a cenicero mojado. Sigo caminando hasta que avisto una papelera. Perfecto, puedo realizar una buena acción que repercutirá en una concatenación de consecuencias positivas para mi persona, equilibrando de este modo mi camino en este inestable, pero vasto mundo. "La Madre Tierra es enorme y...". Piso una deposición canina, que es la forma más técnica y sutil de llamar a la boñiga de perro. Me siento en un banco y empiezo a inspirar y expirar de la manera más rítmica que puedo, aunque nunca he tenido ritmo ni he sentido ganas de tenerlo, pero hoy es diferente, hoy tengo ganas de vivir en armonía con todo lo que me ofrece el universo. Me enciendo un cigarro en el banco y sigo pensando en que yo me autoboicoteo constantemente, que eso no es una manera sana de vivir. Todo cambiará a partir de ahora y ningún martillo demoledor ni ninguna boñiga podrán nublar mi vista, y estoy dispuesta a tener una visión más amplia del mundo y de sus posibilidades. Me levanto del banco cuando termino de fumar y sigo caminando durante casi tres horas, pensando en lo fantástica que es la existencia de la naturaleza y del abismo. Entonces caigo en la cuenta de que aún llevo el pijama, por lo que debo estar oliendo mal. Voy a sacar el paquete de tabaco del bolsillo, pero, para mí desgracia, no está. Ahora sí que se empieza a nublar mi vista, mi camino y todos los vestigios ancestrales que iban a marcar mi destino a partir de hoy. Camino pisando fuerte y con el ceño tan apretado que se podría pasar una tarjeta por el surco de mi frente. Entro en el primer bar que veo y, sin saludar a los camareros, voy directamente hacia la máquina de tabaco. No me lo puedo terminar de creer. Tampoco tienen la marca que fumo. "¡Es que en este país todos fumamos los mismos cigarros! Mi madre, vaya país de viciosos. De verdad, qué lástima y qué asco", digo entre gruñidos. Decido pedir otro cortado. Me siento en la barra mientras espero al café procurando que toda esta exaceración se transforme en apatía. Me sirven el café y, cuando termino de echar el azúcar, leo la frase que pone en el sobre, en letras azules y minúsculas:

*No hay ningún viento favorable para el que no sabe a qué puerto se dirige.*

Arthur Schopenhauer

Schopenhauer, menudo nombre. Seguro que no era una persona muy atarácica.